

## PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA CONVENCIÓN DE LA PRENSA CATÓLICA

*Nueva Orleáns, 3 de junio de 1998*

Sras. y Sres., hermanos todos:

Cuando fui invitado a esta reunión de medios de comunicación católicos, quienes tenían la gentileza de invitarme me sugerían, con una anticipación próxima al año, que en mis palabras ante este auditorio tan cualificado hiciera un recuento de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, valorando su significación y sus efectos para la Iglesia en nuestro país y para todo el pueblo cubano.

Hoy, habiendo tenido la dicha de vivir la extraordinaria experiencia de fe y de haber gustado el hondo contenido humano de esa visita, puedo decir sin vacilación que el tema de mi comparecencia fue muy bien escogido por mis anfitriones, pero que, además, su selección para este encuentro se impone por la propia relevancia de aquel evento, por la repercusión en Cuba y en el ámbito internacional de ese inolvidable viaje del Sumo Pontífice a mi país y por la implicación directa de quien les habla, debido a sus responsabilidades como Cardenal Arzobispo de La Habana y al frente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, en la preparación y el desarrollo de ese histórico acontecimiento.

Con la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba se ha producido un impacto histórico al modo de una piedra lanzada en un lago, generadora de ondas concéntricas, que no cesan de dibujar en superficie círculos cada vez más abiertos y de mover en profundidad las aguas estancadas donde parecía flotar la Isla de Cuba en estos últimos años, sobre todo en lo tocante a su relación con el mundo exterior y, en especial, con Estados Unidos, Europa y la América Latina, o sea, con ese mundo occidental en el cual Cuba está enclavada.

Esta ubicación geopolítica la hizo notar con fuerza el Santo Padre en La Habana cuando, en su homilía en la Plaza de la Revolución, al improvisar una frase en latín, dijo con énfasis que lo había hecho porque Cuba es latina y está en América Latina.

El Sucesor de Pedro se propuso en verdad lanzar la piedra en esas aguas de nuestra historia más reciente y lo hizo desde el primer momento de su llegada a nuestro suelo. Todos sentimos el efecto multiplicador y desinstalante de sus palabras, cuando formuló en el mismo aeropuerto de La Habana, donde acababa de ser recibido, su deseo que era a un tiempo invitación y reto: *«que el mundo se abra a Cuba, que Cuba, con sus magníficas posibilidades, se abra al mundo»*.

Estaban puestas la bases de su visita a la isla grande de las Antillas. El Papa iba a ejercer su oficio de Pontífice (etimológicamente, hacedor de puentes), no solo, aunque evidentemente también, en la necesaria relación del hombre con Dios, sino además tratando de ligar entre sí a hombres y pueblos separados por concepciones políticas o ideológicas, o enemistades históricas, o barreras culturales.

¿No es este el quehacer propio del cristiano, cuya fe se simboliza siempre en la cruz con sus dos dimensiones esenciales, la vertical que se eleva hacia lo alto y la horizontal que abre sus brazos para cobijar a los hombres de un lado y de otro, convocados por el amor del que murió en el madero?

Y el Papa, a su llegada, habló en el mismo aeropuerto de esa cruz que había sido plantada en Cuba quinientos años atrás y de las raíces cristianas de la nación cubana. Venía a dirigir su mensaje no a un país extraño a la cultura de Occidente, sino donde la fe cristiana tenía un papel incluso integrador de la nacionalidad. Esto lo reafirmó de manera especial en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, en donde rindió homenaje al Siervo de Dios Padre Félix Varela. Dijo allí

el Papa refiriéndose a la cultura cubana, «*que tiene una honda raíz cristiana, lo cual es hoy una riqueza y una realidad constitutiva de la nación*».

Estas eran las aguas profundas que removi6 el Pontífice y no para que las ondas llegaran a otras costas, pues eran aguas de nuestro subsuelo. Como se trata de una labor en profundidad la emprendida por el Papa, es más difícil constatar sus efectos, pero estos son quizá los mayores y más importantes de su visita.

Me refiero a cuanto el Santo Padre sembró en el corazón de los cubanos, de aquellos que acudieron a las plazas por centenares de miles, de quienes se apiñaban también por millares en las calles de La Habana por donde debía pasar el Pontífice, sin que nadie los convocara, de los millones que siguieron las misas por televisión y no olvidan la mirada del Santo Padre, su bondad, la serenidad de su rostro.

Muchos comentarios en centros de trabajo, en la universidad, en las calles, coincidían al decir al día siguiente de su partida que parecía que la ciudad estaba vacía, que se extrañaba al Papa como a un familiar querido que acababa de partir. Unánime fue la sensación de paz, de alegría, de fraternidad, que disfrutó el pueblo cubano durante aquellos días. ¡Hemos vivido cinco días de fiesta!, decían muchos; pero fue una fiesta diferente, un regocijo del corazón que el cubano había celebrado en su interioridad. Uno de los hospitales de La Habana que recibe diariamente el mayor número de hechos de sangre (hasta cinco o a veces seis al día), no recibió ninguno durante los días en que el Papa estuvo en Cuba. Así nos lo escribía un médico de ese centro. Un psiquiatra constató el descenso de la ansiedad en la disminución notable del número de pacientes que acudió a su consulta en los quince días que siguieron a la llegada del Santo Padre a Cuba.

Estos elementos anecdóticos son reveladores de algo más importante y abarcador, que puedo resumir con la frase que me dijo emocionada una artista, una mujer de fina sensibilidad: después de la visita del Papa, nada vuelve a ser igual que antes, tampoco nosotros mismos.

Pero ¿no estaré apoyándome en mi exposición sobre algo tan movedizo como los sentimientos, asentados en este caso sobre un hecho que está sometido a la extraordinaria capacidad de olvidar de los seres humanos?

Si solo hubiera quedado esto de la visita del Papa a Cuba, era ya extraordinario. Pero no fue eso solamente, hay mucho más, porque la mayoría de las palabras pronunciadas por el Santo Padre no estaban dirigidas precisamente a mover sentimientos superficiales. Ahí se alzan ante nosotros, como un conjunto impresionante de pensamiento doctrinal, filosófico, social y de ética personal y política, las homilias y discursos pronunciados por Juan Pablo II en las distintas celebraciones de nuestro país. Solo su lectura atenta y su estudio sistemático nos mostrarán toda su riqueza.

El Papa estaba interesado en conocer la posibilidad del pueblo cubano para comprender ese mensaje que él le presentaba. Cuando lo acompañaba en el papamóvil desde el aeropuerto, por las avenidas de la Ciudad de La Habana, el Santo Padre, refiriéndose al discurso que acababa de pronunciar en la terminal aérea, transmitido a todo el país por la radio y la televisión, me preguntó si el pueblo habría comprendido. Al responderle que creía que sí, y haciendo gala de agudeza en una lengua que no es la suya, añadió el Papa: ¿*y habrán entendido?* Le aseguré que sí, que el pueblo cubano tiene un buen nivel de instrucción y que es perspicaz para captar lo que se le dice.

No tardó el Santo Padre en descubrir por sí mismo esta capacidad del cubano. Cuando ya había celebrado las misas de Santa Clara y Camagüey, comentó conmigo admirado que: «*el pueblo cubano aplaude los conceptos*», y después de un instante de reflexión agregó: «*eso quiere decir que entienden*».

En efecto, el Papa, como es habitual en sus visitas pastorales, pero mucho más que en otros países, puso en Cuba una fuerza especial en sus mensajes. Y se sintió recompensado y satisfecho al ver que el pueblo cubano comprendía lo que él decía y entendía su significado.

La prueba definitiva de esta sintonía del Papa Juan Pablo II con el pueblo cubano fue la Eucaristía celebrada en la Plaza de la Revolución en La Habana. Allí improvisó, manejó con precisión la entonación y la fuerza de la frase y literalmente dialogó con la multitud, que lo interrumpió con grandes aplausos más de veinte veces.

El pueblo cubano guarda, ante todo, este recuerdo muy vivo en su mente. A las impresiones causadas en el orden de los sentimientos por la bondad y la valentía del Santo Padre, que vencía las dificultades y limitaciones que le imponen sus años, se superponía después la amplitud y profundidad de su mensaje que encontró eco en lo hondo del cubano, quien, como dijo el Santo Padre, es capaz de entender.

Esto explica por qué se han distribuido y se siguen distribuyendo en el país más de doscientas mil copias de las homilias y discursos papales en Cuba. La afluencia a los templos no cesa de aumentar después de la visita del Santo Padre. En cada iglesia y parroquia se organizan catecumenados que preparan a miles de personas para acercarse a los sacramentos, aumentan las catequesis de niños y adolescentes y los locales de las iglesias son insuficientes para acoger a las personas que llegan.

La visita del Papa Juan Pablo II y su llamado en favor de la inserción de Cuba en el mundo han allegado al país muchos visitantes oficiales de diferentes países y gobiernos, deseosos de estrechar lazos comerciales o diplomáticos con la nación antillana. Países que no tenían relaciones diplomáticas con Cuba las han reanudado y otros, como España, las han normalizado. Dentro de esta dinámica de acercamiento se destacan la visita del Primer Ministro canadiense Jean Chrétien y las medidas tomadas por el Presidente Clinton con relación a viajes directos para los cubanos desde Miami, envío de ayuda monetaria a las familias en Cuba y algunas facilidades para la compra de medicinas.

En resumen, el mundo parece moverse hacia Cuba en el tiempo posterior a la visita papal y contrasta esta actividad de los últimos cinco meses con el casi inmovilismo en lo que se refiere a visitas de importancia o acciones diplomáticas de cierto peso en los dos años anteriores. Resulta también digno de mención que todo visitante oficial declara venir a Cuba animado por el viaje del Papa a nuestro país y su llamado a romper su aislamiento.

No se logra ver esa misma intensidad, sin embargo, en la dinámica interna de la nación. Aunque cinco meses es poco tiempo para que se pueda constatar el influjo real del mensaje del Papa a los cubanos y su repercusión concreta en la vida nacional, se espera al menos descubrir en actitudes y palabras oficiales ciertos enfoques nuevos, así como un número mayor de gestos indicadores de una mentalidad más amplia y flexible para el futuro.

En general, tanto en la vida de la nación, como en lo que se refiere a las relaciones con la Iglesia, podría tenerse la impresión de que la visita del Papa a Cuba ha sido considerada como un paréntesis que se abrió y se cerró sin mayores consecuencias. En realidad puede no ser así, sobre todo en las relaciones del Estado con la Iglesia Católica, que han experimentado cierto desarrollo en los últimos tiempos, pero esto se hace menos evidente en otros campos de la vida civil.

Preocupa la imprescindible interacción recíproca de lo interno y lo externo en la vida de la nación. Así, un dinamismo en las relaciones internacionales con un mayor flujo de inversiones desde el exterior hacia Cuba puede influir positivamente en una dinamización de la sociedad cubana, pero, y esto sería lamentable, un estancamiento en la vida interna del país puede disminuir o condicionar en gran medida la esperanza y el dinamismo que desencadenó en los medios internacionales la visita del Papa.

Este es un momento excepcional de la historia contemporánea de Cuba, un momento que no debe perderse, porque no se repiten, en la historia de una nación, oportunidades de este género. Yo rezo todos los días por que ambos dinamismos puedan conjugarse y fecundarse mutuamente, así el efecto de la piedra lanzada por el Santo Padre en aquel estanque de aguas quietas producirá también la esperada reacción en cadena que *«abra a Cuba, con todas sus magníficas posibilidades, al mundo»*.

Repito que cinco meses es aún poco tiempo. En el tiempo milenarista de la Iglesia, no es contabilizable, en el largo tiempo de 40 años de la Revolución cubana es poco, en el tiempo del mundo actual, donde todo ocurre pronto o el momento pasa con rapidez, comienza a parecer suficiente.

Quizá la mirada de ustedes, hombres y mujeres del mundo de la noticia, sigue el ritmo acelerado que imponen las comunicaciones hoy día. El desfase con respecto al tiempo real del mundo tecnificado y más avanzado es propio de los países del llamado Tercer Mundo, en general, incluyendo a no pocos de América Latina y, sobre todo, a los países africanos. Ritmos de crecimiento económico lento, ritmos políticos no bien establecidos ni sistematizados generan una vida social más o menos apagada, que va siempre despacio. La tentación de dinamizar de un golpe ese mundo, tanto en lo económico como en lo político y social, puede violentar los ritmos de esos pueblos y producir situaciones de inestabilidad y de crisis. Por ejemplo, las políticas económicas de choque en países del Tercer Mundo, en la misma América Latina, traen miseria e inquietudes sociales; la rápida implantación de un sistema económico de mercado de tipo neoliberal en países del antiguo campo socialista, incluyendo a Rusia, sin que estas medidas fueran progresivamente asimiladas, dosificadas y reguladas, ha originado nuevos males en esos pueblos.

El Papa Juan Pablo II habló en Cuba de la gradualidad en la transformación de la sociedad. En las circunstancias presentes, esa gradualidad se hace necesaria para favorecer los cambios progresivos deseables, sin los excesos del apresuramiento, pero sin el defecto, no menos peligroso, de la lentitud o de la inercia.

El Santo Padre, en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, expresó: *«el Padre Varela era consciente de que, en su tiempo, la independencia era un ideal todavía inalcanzable y se dedicó a formar personas, hombres de conciencia... Toda la vida del Padre Varela estuvo inspirada en una profunda espiritualidad cristiana... Eso lo llevó a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de las semillas de la verdad, en la conveniencia de que los cambios se dieran con la debida gradualidad hacia las grandes y auténticas reformas»*.

Este espíritu vareliano lo ha mantenido la Iglesia en Cuba a través de los años. Así ha sido desde antes del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, *ENEC*, en 1986, pero sobre todo después de su realización, y en este camino ha sido confirmada por el Papa Juan Pablo II en su reciente visita. Esta paciencia de una Iglesia, que es milenaria y que se apoya en el Evangelio del amor y de la reconciliación, le ha permitido ser parte activa en una transición en las relaciones de la Iglesia y el Estado en Cuba que van desde el choque directo y la confrontación, pasando por el desconocimiento de la Iglesia como realidad sociológica, hasta la aceptación de la existencia de la Iglesia y hoy se vislumbra un reconocimiento progresivo y más amplio de su función social.

El Papa, en su discurso dirigido en La Habana a la Conferencia de Obispos de Cuba, nos instaba a *«reclamar el lugar que le corresponde a la Iglesia en el entramado social donde se desarrolla la vida del pueblo»*. Y el Santo Padre animaba a los obispos a que, *«en este empeño... mantengan, tratando de incrementar su extensión y profundidad, un diálogo franco con las Instituciones del Estado y las organizaciones autónomas de la sociedad civil»*.

Procurar este diálogo, ensancharlo, buscando siempre espacios más abiertos para la misión de la Iglesia, manteniendo al mismo tiempo su independencia y su identidad como comunidad de fe, alejada de toda instrumentalización política ni por parte del Estado ni por personas o entidades con

programas políticos alternativos, para ser capaz de anunciar el evangelio liberador y enaltecedor de la persona humana. Ese ha sido el programa de la Iglesia Católica en Cuba.

Esta es la Iglesia que ha visto crecer en número y en calidad a sus fieles y que no cesa de experimentar pruebas crecientes de respeto, de simpatía y de confianza por parte del pueblo cubano. Esta es la Iglesia que invitó al Papa Juan Pablo II, la que preparó su visita con una misión nacional extraordinaria, la que organizó las hermosas celebraciones de Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba y La Habana con una vibrante participación de nuestro pueblo.

La que ahora cosecha, emocionada y agradecida a su Señor, los frutos espirituales de esa visita y se sabe apoyada y sostenida por sus fieles y por el Sucesor de Pedro y cuantos colaboran con él en la Curia Romana. Esta Iglesia es la que en cierto modo resulta homenajeadada en mi persona hoy por ustedes, queridos comunicadores cristianos, porque, con el estilo que he descrito, mis hermanos obispos de Cuba y yo hemos proclamado durante estos años la fe en Jesucristo, único Salvador, a todo el pueblo cubano.

Heraldo de la fe es quien la proclama, pero el heraldo cristiano debe ser como su Señor, de quien dijo el profeta: *«no gritará, no voceará por las calles, la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará»* (Is 42, 1-2). El Heraldo de Cristo se pondrá en la escuela de su maestro: *«aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón»*. Si es este el testimonio cristiano que ustedes desean reconocer, aunque imperfectamente alcanzado, es el que me he esforzado por dar a través de todo mi ministerio sacerdotal. Como el Padre Varela, y siguiendo el pensamiento del Papa Juan Pablo II, creo en la fuerza de lo cotidiano, de lo pequeño y esto no solo para lo que toca a la misión de la Iglesia. Creo también que para resolver las dificultades de mi país valen los pasos pequeños y consistentes y que los efectos transformadores de la misión del Papa Juan Pablo II en Cuba, que alcanzan ya a la Iglesia Católica, llegarán también hasta las estructuras de la sociedad cubana. Esta es mi confianza y mi continua oración al Señor. Que Dios los bendiga.

*Muchas Gracias.*